

SOBRE LA ACTUALIDAD DE LA TEORÍA CRÍTICA

RICARDO PINILLA BURGOS

pinilla@upcomillas.es

Una primera impresión, quizá superficial, sobre la actualidad de la Teoría Crítica nos hace reparar en la misma denominación. Hoy se utiliza más la expresión Teoría crítica que la de Escuela de Fráncfort; una denominación ésta, en cierta medida, más histórica, y vinculada directamente al grupo de pensadores y científicos sociales reunidos en torno al célebre *Institut für Sozialforschung* (Es verdad que la expresión acaso más correcta sería la de Teoría crítica de la Escuela de Fráncfort). Con “Teoría crítica” no se deja de pensar en ese grupo de autores, pero acaso incidiendo más en su legado y su estilo de pensar, confrontado con nuestro presente. Siguiendo esa primera impresión, cabría decir que desde los años ochenta a esta parte, época en la que iniciaba mi formación universitaria, la llamada Escuela de Fráncfort habría decrecido como tal Escuela en popularidad y actualidad. Ya en esos años, con la natural excepción de Jürgen Habermas, los francfortianos eran vistos como maestros, es más como mitos intelectuales, pero pertenecientes a las décadas pasadas. Paralelamente a esa distancia, hay que advertir que no ha decrecido ni mucho menos el conocimiento y profundización en la obra y trayectoria independiente de cada uno de los representantes o autores relacionados con esta escuela, especialmente en los casos de Th. W. Adorno y W. Benjamin, y creo que la mayor preponderancia de la denominación de Teoría crítica sin más, hablaría de una recepción y actualidad paradójicamente más extemporánea e independiente de esa influencia y presencia importante de este conjunto de pensadores en las historia intelectual y política de las décadas de los sesenta y setenta; época en la que, hay que decir de modo ya tardío y otoñal, esta Escuela tuvo una presencia e influencia decisiva en el panorama intelectual, político y cultural del momento: el movimiento estudiantil, el 68, y la revisión del marxismo y su diálogo con la sociología y el psicoanálisis en el contexto de un capitalismo tardío y una guerra fría con un bloque de países del Este que ya sentían desde los años cincuenta el agotamiento del modelo comunista oficial.

Nadie puede dudar de la moda, incluso, acaso como toda moda, excesiva y deformante, que la recepción de la Teoría crítica gozó y sufrió desde los años sesenta. En este sentido es nuestro presente una época propicia para hablar de una actualidad de la Teoría crítica de modo más sosegado, sin que esto implique en ningún momento minusvalorar las lecturas anteriores de su legado.

TEORÍA CRÍTICA COMO UN ESTILO DE PENSAR Y UN MODELO DE INTERPRETACIÓN Y DISCURSO

Hay algo esencial en la posición filosófica de la Teoría crítica, bien señalado en el cuestionario enviado para este foro. A saber: esa enseñanza de poner en cuestión y *discutir los fundamentos de lo existente*, de lo que ha llegado a ser, esto es, del estado de cosas; y esto sea dicho desde el plano más especulativo y epistemológico, al más político e institucional, pasando por el moral, estético e historiográfico, por señalar algunos de los planos en donde normalmente opera la Teoría crítica. Esa actitud puede ser puesta en relación con la sospecha, heredera de los grandes maestros de la segunda mitad del siglo XIX, en el caso de la Teoría crítica, sobre todo de Marx y de Freud. Pero junto a la sospecha y cuestionamiento, en la Teoría crítica hay mucho método y análisis de esos fundamentos de lo que *ha llegado a ser*; hay una encomiable disciplina de indagación acerca precisamente de eso que ha llegado a ser, que ha *acontecido* y que se presenta como *dado*. Pero ese análisis no equivale a una descripción plana o de superficie, sino una prospección dialéctica y antinómica. Esta relación con el asunto tratado otorga un sello en el estilo de un Adorno o un Benjamin sobre todo, siendo a su vez sus estilos y sus respectivos pensamientos tan diferentes. Entiendo que esto es el sello de una ubicación explícitamente no moralizante del pensar. Por supuesto que hay asunción y crítica ética, política y estética en buena parte de sus escritos, pero, al modo que tal vez enseñó Hegel y Marx, sus discursos permiten al lector la incursión quirúrgica más que terapéutica o paliativa en los problemas, acaso porque esas cuestiones, y esos problemas no se viven desde fuera, sino que se sufren como propios, porque duele el propio presente, es por lo que lo pensamos críticamente, desde la distonía, sí, pero nunca desde el desapego o la indiferencia. Esa distonía y disonancia quedan abiertas

para el lector en los grandes textos de la Teoría crítica. Por eso la dosis *crítica* no es tanto o sólo un asunto explícito, sino que depende del receptor (espectador), del contemplador de ese análisis y ese trabajo de las cuestiones presentadas, y en este sentido nos invitan a una visión, a una *teoría crítica* en un sentido literal. Este aspecto creo siempre ha de ser recurrente y actual para toda época que se enfrenta reflexivamente, tanto a los hechos sociales y culturales, como a las realidades conceptuales e ideológicas que tejen la legitimidad y las costumbres, digamos la corrección política, de cada presente.

De otro lado la Teoría Crítica habilita un tipo de discurso crítico y más allá del positivismo y el descriptivismo, de raigambre indudablemente filosófico, pero a su vez contrastado y aun elaborado muchas veces a partir de categorías y cuestiones provenientes de diversas ciencias sociales y ámbitos de saber (sociología, psicoanálisis, economía, historiografía, crítica de arte...). Este aspecto, aunque hoy pueda ser un rasgo asumido, en parte, y deseable en todo caso, del ejercicio de la filosofía, y que también han desarrollado otras corrientes filosóficas distintas (por ejemplo, el estructuralismo), entiendo que con perspectiva histórica supone una renovación y maduración del estatus de la filosofía y del lenguaje filosófico en el siglo XX, que en buena parte se debe a esta corriente de pensamiento.

Estas observaciones no pretenden hacer de la Teoría crítica un mero método, o desencajarla de su circunstancia histórica, tan determinante de otro lado. Tampoco serían acaso éstos ni mucho menos los rasgos más destacables, pero creo que sí son muy relevantes en lo referente a la cuestión actual del estatus del pensamiento y la teoría en relación con los hechos y las acciones sociales, y en su vínculo y justificación respecto a las ciencias positivas y la tecnología.

LA CONTINUIDAD Y TRANSFORMACIÓN DE LA TEORÍA CRÍTICA EN HABERMAS JUNTO A LA PRESENCIA DE BENJAMIN Y ADORNO: ESTÉTICA Y POLÍTICA

Si hablamos de actualidad de la Teoría crítica, lógicamente hay que comenzar hablando de los autores vinculados a ella aún vivos, y así habría que citar en primer lugar a J. Habermas y la continuación del *Institut für Sozialforschung* en Fráncfort, bajo la

dirección actual de Axel Honneth. Esta sería la continuidad o herencia más directa, al menos institucionalmente, aunque no hay que dejar de atender a las manifiestas distancias y diferencias de esta línea con las líneas originarias de esta escuela, o bien con otras vías de interpretación. Al margen de esta cuestión, que entiendo harto compleja para abordar aquí, y que tampoco conozco en profundidad, creo que la actualidad de la Teoría crítica puede destacarse desde dos planos.

De un lado, el importante desarrollo y la obra abundante de Habermas, el cual requiere ya una perspectiva distinta a la de la historiografía más acostumbrada acerca de la Teoría Crítica, y debe atender al profuso diálogo de Habermas, a partir de los años ochenta, con diversas corrientes filosóficas (francesas, anglosajonas) y con el nuevo contexto histórico y sociopolítico de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Para este asunto me remito a los dos epílogos (1997 y 2008) de las ediciones segunda y tercera respectivamente de la monografía sobre Habermas de Enrique M. Ureña, publicada en 1978 en la editorial Tecnos, siendo la primera monografía aparecida sobre este autor. En los citados epílogos se da cuenta del renovado espectro, ya no sólo de influencias y de diálogo con la nueva filosofía francesa y anglosajona, sino de temas desde donde se mide y desarrolla el pensamiento habermasiano, como es el conflicto interreligioso (Occidente-Islam) en el panorama internacional, o los dilemas que plantea el avance de la investigación biogenética.

De otro lado, sí se puede afirmar que las obras de Benjamin y de Adorno gozan actualmente de una pujante recepción en el campo de la estética y de la teoría del arte y de la cultura en general (por ejemplo en autores como Yves Michaud, Terry Eagleton o Wolfgang Iser), sin excluir la relevancia de los aspectos políticos, filosófico-históricos e incluso metafísicos desde los que se abordan sus legados. Esta recepción es plural y aunque tiene el origen muchas veces en una tradición de pensadores políticos de izquierda, ha rebasado con creces todo marco político y/escolar estrecho. Aunque es muy fecundo observar las polémicas entre diversas interpretaciones, a veces no exentas de abusos, sesgos excesivos o secuestros, cuando no tergiversaciones; creo que la presencia plural de estos autores en los campos señalados es también un síntoma de la necesidad de acercar sin desvirtuar la dimensión más especulativa e íntima del pensar, que tal vez sobreviva más hoy en la estética que en la actual epistemología y ontología, a la dimensión más praxeológica y política, no pocas veces raptada por aburridos discursos

deontologistas que sólo añoran una pueril aplicación e incidencia en la vida social. Incluso en el caso concreto de Adorno, esta necesidad implica un nuevo modo de entender la vieja y desacreditada filosofía primera. Ese síntoma, con independencia de la fuerza con la que actúe, me parece enormemente revitalizador de lo que entiendo por filosofía en su sentido más radical. Sería aquí en exceso prolijo siquiera enumerar los temas que Adorno y Benjamin, cada uno desde su trayectoria, han prestado a la historia de la reflexión estética y sobre el arte en el siglo XX, baste decir que la relación a implicación y relación de la dimensión estética y la evolución del arte y la literatura modernas con aspectos como la técnica, el lenguaje, el mito, la historia y la estructura social o la barbarie, por citar sólo algunos temas, encuentran en estos autores un irrecusable punto de partida que agiliza una asombrosa fineza, sensibilidad y compromiso con los asuntos tratados, también los más actuales, los que salen al encuentro inaplazable e inevitable de nuestro pensar.